

TRES
DISCURSOS
del maestro
CARLOS CHÁVEZ

Con ocasión de la entrega
de los PREMIOS
NACIONALES DE ARTES
Y CIENCIAS

TRES DISCURSOS

DEL MAESTRO

CARLOS CHÁVEZ

CON OCASIÓN DE LA ENTREGA
DE LOS

PREMIOS NACIONALES DE ARTES Y CIENCIAS

OTORGADOS

AL MAESTRO MANUEL M. PONCE

1947

AL DOCTOR MARIANO AZUELA

1949

AL MAESTRO CANDELARIO HUÍZAR

1951

MÉXICO

1952

EDICIONES DE LA SECRETARÍA DE LA PRESIDENCIA

1952

TRES
DISCURSOS

CARLOS CHAVEZ

EL ARTE es una de las expresiones

fundamentales de cada pueblo. Cuenta tanto, en el presente, como el esplendor de su propia existencia física, y más en el futuro. Por mucho que avance la civilización, por mayor importancia que cobren cada día los aspectos científicos e industriales, el arte será siempre carta de crédito para la gloria de una nación.

¿QUÉ MENGUA no sufriría Alemania sin Bach y sin Goethe? ¿Qué sería de España sin Don Quijote y Don Juan, Inglaterra sin Hamlet, Francia sin Hugo, Italia sin Dante, Miguel Angel y Leonardo, Rusia sin Tolstoi y Tchaikowski? México ¿sería México sin sus pirámides, sin sus iglesias, sin sus palacios? Lo que quedará de Norteamérica es Whitman y no el Tío Sam. Por mucho que aporte una civilización al bienestar de un país si no produce artistas en consonancia con su importancia se hundirá en la hoya oscura de la historia. La grandeza de Grecia sobrepasa a la de Roma en el recuerdo del mundo. Y Egipto, la Mesopotamia, el pueblo judío, China, la India, sobreviven, viven y vivirán gracias a sus dones artísticos y literarios.

EL ALMA es de la tierra y de los pueblos que le dan vida. En este aspecto fundamental, México es tan grande como el que más y suya es esa virtud inmortal de dejar en la piedra o el papel la impronta creadora de lo único que de veras atra-

viesa los siglos. Porque ¿en qué se conmemora y recuerda la grandeza de los capitanes si no en monumentos y cantares de gesta?

GRANDES destrucciones malbarataron las tierras mexicanas a través de los siglos, y llovieron miserias sobre ellas, pero ni las tempestades pudieron esparcir el espíritu, ni siquiera todas las piedras, ni lograron borrar de las memorias las grandezas pasadas. Con los años, México volvió a cobrar una figura propia, a pasos agigantados dadas sus escasas fuerzas económicas. Pero México es eso y mucho más: prueba valedera del aserto de Hegel al afirmar que en toda obra de arte siempre están presentes el espíritu y la libertad.

México, el México cabal que conocemos, nunca ha coartado la libertad de sus artistas, como lo hacen tantos países de civilización más adelantada. En mayor o menor grado, un gran número de ellos han podido vivir, estrechamente, pero vivir no dejando de ser lo que querían, gracias a pequeñas prebendas que el Estado les otorgaba. ¿En qué otros países sucedía lo mismo, a menos que cultivaran un arte ditirámico del poder o de la academia, o se revolcaran en el cieno de las exigencias de negreros o tuvieran un pasado de tales grandezas culturales que algo les quedara de cierto respeto por las artes? Y, sin hablar de la calidad, ¿dónde tantos concursos, tantos juegos florales —en la capital y la provincia—, tanto espacio dedicado en los periódicos a la historia viva? Olvidos, desprecios hubo en el pasado, pero dada la por entonces reducida importancia de la vida literaria y artística del país, posiblemente en ninguno americano, desde que México se ha sentido a sí mismo, tuvo el Estado tanta conciencia de lo que representaba el arte para su grandeza.

A MEDIDA que ha ido creciendo y cobrando noción de su nacionalidad, México ha ampliado la protec-

ción a sus cultivadores del intelecto. Y hoy, cuando su nombre resuena en todos los ámbitos del mundo como idéntico al de espíritu y libertad, alcanza con su pintura, su música, su arquitectura, su cine, sus poetas y novelistas, un puesto mucho mayor que el que su economía y su fuerza le permitiría si a ellas solas se hubiese atendido.

CLARÍSIMAMENTE lo alcanzó a ver y a sentir —que no todo amanece a la luz de la razón— el Presidente Miguel Alemán cuando entre sus firmes y liberales manos las riendas del poder amplió, hasta los límites de lo posible, su ayuda y protección a la cultura nacional.

TAL VEZ quede Miguel Alemán en la historia patria como un gran constructor de edificios escolares, carreteras y presas; pero lo absolutamente cierto es que nadie podrá borrar su gigantesco esfuerzo en pro del desarrollo del espíritu mexicano bajo el signo de la libertad lo mismo en las escuelas, que en la Ciudad Universitaria, que en el Instituto Politécnico Nacional, que en su decididísimo apoyo a las artes y a las letras. La exposición de arte mexicano que ha de celebrarse ahora en París —patente de la grandeza pasada y afirmación rotunda del presente— marcará indeleblemente, con gloriosa fama, su paso por el poder, de la que será por desgracia, rúbrica. Nadie había hecho más, con menos, y en tan poco tiempo. Su impetuoso será, sin duda, acicate para el futuro.

BUENA PRUEBA de lo que anteceden los tres discursos que aquí se recogen. Fundado por la administración anterior, el Premio Nacional de Artes y Ciencias estaba dedicado a recompensar una obra determinada, y así lo obtuvieron dos grandes glorias mexicanas: Alfonso Reyes y José Clemente Orozco. Pero el

Presidente Alemán dió mayor amplitud, mayor importancia a la recompensa; ya no se otorgaría a una obra sino a una vida entera; así cobraba el premio categoría de reconocimiento nacional. No deja de hacerlo constar así, en las excelentes páginas que siguen, el maestro Carlos Chávez, ilustre músico y leal colaborador del régimen. Concedido, en 1948, al doctor Maximino Ruiz Castañeda, por su labor científica, y, en 1950, a Diego Rivera, no hubo en esas ocasiones discurso del Director del Instituto Nacional de Bellas Artes. Los demás, aquí se recogen, para mayor gloria de México, de su mandatario, y también para constancia del agradecimiento a unos hombres puros.

DISCURSO DEL MAESTRO CARLOS CHAVEZ EN LA CEREMONIA
DE ENTREGA DEL PREMIO NACIONAL AL MAESTRO
MANUEL M. PONCE EL DIA 26 DE FEBRERO
DE 1948, EN LA RESIDENCIA PRESIDENCIAL
DE "LOS PINOS"

Señor licenciado Alemán, Presidente de la República;
Señor licenciado Gual Vidal, Secretario de Educación Pública;
Maestro Ponce;
Señoras, señores:

NUNCA, ni las más primitivas, ni las más apremiantes necesidades de alimentación y de abrigo, han sofocado ni reprimido, siquiera momentáneamente, la ferviente e implacable necesidad del esparcimiento y la propia expresión, mediante formas de belleza.

TODA LA HISTORIA humana habla de esta urgencia, desde las oscuras edades en que las formas plásticas y musicales —por la enorme influencia que su belleza ejercía en el ánimo de los primitivos— eran instrumentos de magia y encantamiento, o, más tarde, de poder divino, hasta estos días en que las llamamos, un poco a secas, un poco a ciegas, obra de arte.

No SON LOS ARTISTAS los que podrán explicar tan admirable fenómeno. Son o serán los que un día, en términos de biología y de fisiología, digan por qué el hombre no puede pasarse sin la nutrición espiritual que la belleza, en una gradación infinita de matices y de categorías, proporciona a la vida intelectual y psíquica del hombre.

ENTONCES QUEDARÁ aclarada sin lugar a duda la falsa noción de que el arte corresponde a una necesidad menor, o artificiosamente provocada, y se verá con claridad que el arte es un fenómeno natural, totalmente indispensable a la vida del hombre y de la sociedad.

LOS HECHOS, sin embargo, son una explicación más que suficiente para quien quiera observarlos. Los pueblos y los períodos históricos tienen una fisonomía propia, perfectamente delineada, una cara volteada a la eternidad, y ese rostro que así mira pasar la historia, es el arte de cada pueblo. Decimos Grecia, y la miramos, de golpe, representada por un Partenón o una Venus de Milo. Decimos Renacimiento, y vemos automáticamente la portentosa Italia que dejaron a la posteridad sus pintores, sus escultores y sus arquitectos.

EL FENÓMENO artístico, partiendo desde el último extremo de la raíz del subconsciente, expresa, mejor que la filosofía misma, concentrándolos, los rasgos todos de la personalidad y del carácter no sólo de un hombre, sino de un pueblo, y de toda una sociedad.

Es así COMO el arte es el rostro y también la entraña del pueblo, y al recapacitar en esta verdad, la significación de un Fidias, o de un Giotto, se acrecienta a dimensiones gigantescas.

¡NUNCA SUS PUEBLOS los honraron suficientemente, por mucho que los hayan honrado!

PERO, CLARO está, el artista, aunque siempre necesita el aliento de los suyos, no hace su obra para que lo honren. La realiza, porque sólo así cumple su función orgánica, y satisface sus inclinaciones y naturales deseos.

EL ARTISTA creador es un caso de excepción, porque crear, integrar formas nuevas con conceptos propios, es el más complejo fenómeno de análisis y síntesis.

LA APTITUD de análisis y la de síntesis, por lo general excluyentes, tienen que convivir en el artista, que realiza su obra creadora, como si dijéramos, en dos tiempos: el de conocimiento de todos los factores, objetivos y subjetivos, circundantes, disponibles, y el de *organización* de éstos con un sentido de depuración, de cohesión y de armonía.

CREAR, ES, primero, explorar, y luego, organizar; primero analizar y luego sintetizar.

MÉXICO sólo hasta hace relativamente poco tiempo empezó a producir grandes artistas, porque las condiciones generales, culturales digamos, del medio social, no eran lo suficientemente altas para producir hombres de este tipo excepcional.

LA INTENSA y unánime necesidad de arte en México, no fué siempre satisfecha por el arte popular en sus variadas y riquísimas manifestaciones.

EL ARTE POPULAR es un producto silvestre, es decir, que se produce sin cultivo, y que es por ello de

débil concentración, de rudimentaria organización, y de escaso valor sintético.

EL GRAN ARTE es obra de cultivo y por eso sólo puede producirse dentro de un alto nivel cultural general.

HE QUERIDO hacer esta consideración para destacar un hecho notable. Con la posible excepción de un pintor y un poeta del siglo XIX, México ve sus primeros grandes artistas ya bien entrado el siglo XX.

NO SALEN pues estos hombres de un medio ya sólidamente fraguado, sino que apenas empieza a hacerse, o más bien dicho, que apenas sale de la dolorosa adolescencia.

POR ESO, hay en ellos mucho de heroico.

SON LOS PRIMEROS que con ojos sensibles y sabios exploran nuestro México y lo vierten, lo rinden, lo explican en formas de arte.

SON LOS PRIMEROS en abrir los caminos de la expresión de este país y de esta época.

FRANCIA, para citar un caso solamente, produjo sus grandes pintores y músicos del siglo XIX y del XX como resultado de un enorme y consciente esfuerzo cultural de más de 3 siglos. Academias y escuelas de pintura, de música, de danza, de ópera, de arquitectura, de teatro, todas ellas espléndidamente sostenidas por el estado; premios y recompensas nacionales; educación artística integrada en los sistemas de educación general. Todo eso

por siglos, y sostenido con convicción, implacablemente, a través de guerras, penurias, y luchas intestinas, hizo lógicamente posible la admirable floración del arte francés en el XIX y el XX.

PERO ¡MÉXICO, cuando ayer, apenas ayer, contaba con una instrucción primaria que era privilegio de unos cuantos, y el país entero tenía tan sólo un par de universidades teológicas!

PODRÍA DECIRSE, pero la aparición de nuestros primeros grandes artistas no ha sido un milagro: es la expresión de una admirable *voluntad nacional* de ser, absorbida y concentrada en el espíritu creador de esos hombres heroicos.

Y ES, TAMBIÉN, en buena parte, producto de nuestro muy reciente e imperfecto, pero al fin ya existente, sistema de educación artística.

CON TODOS sus defectos, con todo su academismo, algo importante deben nuestros artistas, directa o indirectamente, a la Academia de San Carlos y al Conservatorio Nacional.

EN BUENA HORA nuestros gobernantes de fines de siglo dieron su apoyo a estas dos escuelas, aunque haya sido tan débil, tan escaso y tan tímido.

EL ARTE, ya se ve, siendo parte de las expresiones sociales y siendo la más clara, viva y duradera expresión de la nacionalidad, requiere el apoyo del Estado, el sostén de los dineros del pueblo a quien sirve. La aurora de arte que sus pocos grandes artistas han producido en México debe ser el más alentador estímulo.

SÓLO así podrá México pasar de una situación de fenómenos aislados y heroicos, como son Ponce, Orozco, Rivera y unos cuantos más, a una de amplio y cabal florecimiento, que sea expresión robusta y permanente de un pueblo y una época, al mismo tiempo que fuente de auténtica belleza universal.

SIN JACTANCIA, tan sólo como una valuación objetiva, ilustrativa, y necesaria, hay que reconocer que los únicos valores universales que México tiene están en el arte.

ESTO, aparte de significar una aportación mexicana a la riqueza espiritual humana, es un valor más que en otros terrenos extra-artísticos, recibe México en sus artistas.

TODO ESTO venimos a considerar, y a reconocer, en esta ocasión en que el país, por conducto de su más alto representante, rinde homenaje a uno de sus más grandes artistas.

EN UN ACTO por mil motivos encomiable de buen gobierno, la pasada administración estableció el Premio Nacional de Artes y Ciencias, que es el que hoy recibe el maestro Manuel M. Ponce de manos del señor Presidente Alemán.

SIN EMBARGO, el espíritu con que este Premio se otorga ahora es de distinta esencia.

CUANDO el Premio fué instituido se recompensaba principalmente el mérito de una obra dada. Ahora, como resultado de una reforma de la ley, promovida por el Ejecutivo, se recompensa principalmente el mérito superior de una personalidad que haya dedicado su vida entera a la creación artística.

ESE ES EL CASO, unánimemente reconocido, de la personalidad del maestro Ponce. Su situación histórica en el desarrollo de la música mexicana es de significación fundamental: es el implantador de las grandes formas, con su Trío y su Concerto para Piano, en los comienzos de este siglo; es el primer gran "explorador" del arte popular mexicano y el iniciador de la primera tendencia nacionalista franca en nuestro país; su obra, fecunda e ininterrumpida, ha culminado con creaciones que, como su Concerto de Guitarra, han alcanzado consagración universal.

LA INSTITUCIÓN de este gran Premio Nacional, su justo y apropiado ejercicio, deben ser un aliento para todos.

ESTE PREMIO ES, además, un símbolo de la mente de nuestro Gobierno que mira, en el gran campo de la actividad nacional, cómo se señala la obra creadora de sus mejores hombres.

DISCURSO LEIDO EN LA CEREMONIA DE ENTREGA DEL PREMIO
NACIONAL AL DOCTOR DON MARIANO AZUELA EL DIA 26
DE ENERO DE 1950, EN LA RESIDENCIA PRESIDENCIAL
DE "LOS PINOS", POR EL MAESTRO CARLOS CHAVEZ

Señor Presidente de la República,

Señor Secretario de Educación Pública,

Señores:

ASISTIMOS HOY, por la segunda vez en la reciente historia del ejercicio del Premio Nacional de Artes y Ciencias instituido por el Gobierno de México, a su otorgamiento en favor de un escritor mexicano. En los años anteriores, por lo que hace a las artes, han recibido idéntico homenaje, la misma consagración del reconocimiento del Gobierno de México a aquellos méritos suyos que ya por su obra eminente enraizaban en la tácita consagración del pueblo, el músico Manuel M. Ponce y el pintor José Clemente Orozco. Por las letras nacionales, habían recibido ya esta prueba de la atención con que el Gobierno la contempla y estima, en la persona del escritor Alfonso Reyes.

SI EN AQUELLA OCASIÓN ungía este premio a una vida fecundamente consagrada a la erudición, al ensayo

brillante, a la cátedra, a la prédica viviente del valor de la inteligencia mexicana en las letras que Alfonso Reyes ha diseminado en los países en que representó al nuestro, para al fin reintegrarse a la patria y en ella proseguir su tarea, lo que en el doctor Mariano Azuela galardona el premio es la conjugación, la polarización, en su obra, de cuanto el pasado de la novela mexicana labró en su viejo empeño de erigir un mirador desde el cual contemplar la vida de México; y cuanto su obra personal ha cumplido este viejo empeño y servido a los nuevos escritores mexicanos de ejemplo eminente, y de guía firme en el cumplimiento de aquella aspiración, la más alta, a que se dirigen, así en la música como en las artes plásticas, o en la literatura, los artistas mexicanos: la creación de un arte que alcance la validez universal porque se halle vigorosamente nutrido en la autenticidad de nuestro suelo.

VIEJA ES, en efecto, esta aspiración de los artistas mexicanos. Y por modo significativo, vinculadas sus más sólidas manifestaciones a nuestras luchas por la emancipación en el terreno social. Para ceñirnos a la literatura, y de ella a la novela, recordemos que fuera de un par de ejemplos de vitrina y curiosidad mencionados por los eruditos, la Colonia, con cuanto ella implicaba, no fué clima propicio para el surgimiento de la novela. Fué preciso que las ideas libertarias germinaran en la Nueva España de principios del XIX para que un mexicano observador, popular, fecundo y verboso, al mismo tiempo que se vinculaba con el pueblo desde el periódico que fundó, que por él penetraba en la hondura de sus costumbres, las pintaba al vivo y a su modo moralizaba, produjera, al mismo tiempo que la primera novela mexicana, la primera novela americana. Quedó así, ligado en el tiempo, bien significativamente, el fenómeno del surgimiento de la novela mexicana con el de una Independencia política que en lo social aspiraba, igualmente, a definirnos.

Y QUEDARON ASÍ, para la historia de nuestras letras, "El Periquillo Sarniento", "La Quijotita y su Prima" y "Don Catrín de la Fachenda" como los humildes, pero valiosos cimientos que el Pensador Mexicano, don José Joaquín Fernández de Lizardi, dejaría a los que hubieran de venir después a trabajar en la construcción de una novela mexicana de la cual en aquellas palpitan ya los elementos esenciales.

DESDE ENTONCES, y a lo largo del siglo XIX, que es el de nuestros sacudimientos, indicios de nuestro renovado vigor como pueblo, el género novelesco recae en numerosas y estimables manos, y germina en inteligencias fecundas y eminentes. De nuevo es un fenómeno social el que repercute en la fecundación de la novela. Son de nuevo los hombres preocupados por el pueblo, su vida y su destino, los que escriben novelas. No es ya la Independencia, pero sí es la Reforma, lo que mutuamente nutre a los escritores y se orienta por ellos. Y dentro de este brillantísimo período, son los maestros Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano quienes orientan y vivifican la cultura literaria de México y quienes con su ejemplo, su crítica y su estímulo, profesan la emancipación de nuestras letras y alientan a los jóvenes a inspirarse en los temas que les ofrecen nuestra Historia y nuestra vida para crear una literatura auténtica y valiosamente mexicana.

BASTA HOJEAR aquella minuciosa "Revista Literaria" en que el maestro Ignacio Altamirano nos dejó amplia reseña de la producción de la mayor parte del siglo; basta rememorar el férvido impulso que la Academia de Letrán recogía de los jóvenes e infundía en éstos; basta, en fin, recordar los nombres de novelistas tan fecundos y tan mexicanos como Vicente Riva Palacio, Juan A. Mateos, Juan Díaz Covarrubias, Manuel Payno, Florencio

M. del Castillo, José Tomás de Cuéllar, Heriberto Frías y el propio maestro Altamirano, para advertir en el panorama de nuestras letras del siglo XIX que no solamente los siempre más numerosos poetas que desde la época romántica inmediatamente anterior, con Rodríguez Galván o con Fernando Calderón, o con el propio ilustre Patricio Quintana Roo, buscaban fervorosamente vertebrar sus creaciones con el alma de México, sino que también los prosistas, los novelistas, los dramaturgos lo procuraban, y que los empeños del maestro Altamirano daban su fruto.

¿Y NO ES, señores, alentador y significativo que en pleno Imperio de Maximiliano haya aparecido en México una novela tan profundamente nacional, tan forjada en la fragua viva de la experiencia de un charro escritor, tan dicha con las palabras mismas del pueblo, que a la vez que definitivamente consagra el campo de México como tema novelístico, imparte a su lenguaje una categoría artística; que se haya vivido, y escrito, en fin, "Astucia" "El Jefe de los Hermanos de la Hoja o los Charros Contrabandistas de la Rama"?

CIERTAMENTE, por muchos años esta magnífica novela fué ignorada o menospreciada por los críticos eruditos, que apenas, a lo Pimentel, le concedían un valor pintoresco. Ciertamente, dentro del equilibrio de la técnica europea consagrada y de la ejecución mexicana que los maestros de la Reforma pedían, y a cuyas normas se atuvo para escribir su historia de nuestra literatura don Francisco Pimentel, el platillo de Europa inclinaba la balanza erudita con mengua de la estimación de lo que alterase aquel rígido equilibrio. Pero el pueblo no juzgaba, leía; no criticaba, absorbía lo que le era afín, y aquella novela alcanzó y todavía disfruta entre nuestro pueblo una vigencia que nace de la autenticidad de su mexicanismo.

EL MODELO europeo; o, si queréis, el impacto de las corrientes universales de la novela a fines del siglo XIX y a principios del nuestro, repercutieron en la novela mexicana en grado de que son ejemplos las obras de escritores tan estimables como don Victoriano Salado Alvarez, don Federico Gamboa, don Emilio Rabasa, don José López Portillo y Rojas, don Rafael Delgado, Galdós, Pereda, La Condesa de Pardo Bazán; el llamado realismo que en Emilio Zolá se vuelve crudo naturalismo, hallan un eco en México e imparten una tónica de moda a los novelistas que he mencionado y en los que es evidente, sin embargo, un asiduo, firme y fructuoso propósito de atenerse a los temas que la Historia de México o su vida urbana o rural les ofrecen.

ES UNA SOLA línea de preocupación nacionalista la que parte, pues, de Lizardi, y llega a asomarse en los novelistas mexicanos hasta el final del Porfiriato. Aun dentro de éste, justo es reconocer el empeño de maestros eminentes como don Justo Sierra o humildes como don Francisco Sosa, empeñados en abrir para las letras de México y hacia ellas las ventanas de la información y de la comunicación con las corrientes literarias de fuera, y en particular con las de nuestra lengua. Así, si quiere verse en la "Santa" de Gamboa una relativa "Naná" de Zolá, podría con un sentido más estimulante americano verse en la "Carmen" de Pedro Castera o en la "Amalia" de Rafael Guadalajara, una nueva y muy mexicana "María" de Jorge Isaacs.

UNA NUEVA CONMOCIÓN, un sacudimiento de repercusión enorme iba a voltear la tierra mexicana. Como un arado que rotura las tierras muertas para exponer su entraña a la fecundación de un sol nuevo y de un aire vivificante; con igual violencia, pero con idéntica promesa, la Revolución Mexicana barrió, despojó de sus hojas muertas y de sus adherencias postizas a nuestra

vida y a nuestra cultura. La Historia nos enseña que primero han brotado los hechos y después el arte: La Iliada después de la guerra de Troya. Pero nos enseña también que sólo son capaces de producir un arte auténtico y perdurable los hombres superiores que lo derivan de aquella realidad que le imparte su vida. El fenómeno escuetamente social, el hecho crudo y muchas veces violento de la Revolución Mexicana, era natural que contuviera, y bien pronto alcanzara, la flor del arte sostenida en la planta de una nueva y vigorosa siembra.

ERA NATURAL que ocurriera en el arte la nueva cosecha de inéditos valores y manifestaciones que a partir de la Revolución ha sido nuestro privilegio contemplar en su surgimiento y en su fecundo desarrollo: en la música, en las artes plásticas o en la literatura.

EN EL HOMBRE eminente a quien hoy el Gobierno de la República otorga el Premio Nacional de Artes y Ciencias 1949 vemos el más ilustre ejemplo de lo que ha podido producir, para gloria de nuestras letras, la unión fecunda de un talento superior con el pueblo de que ha nacido; con la provincia en que transcurrió su juventud y con la Revolución, cuyos vívidos episodios vieron los ojos y tocaron las manos de este médico cirujano. Nacido en 1873 en el risueño pueblo de Lagos, cabecera del Segundo cantón del Estado de Jalisco, Mariano Azuela hizo allí mismo sus estudios elementales en el Liceo de Varones del Padre Guerra, y al terminarlos, cursó en Guadalajara los preparatorios y los profesionales de medicina. En 1908 recibió el título de doctor y se consagró desde luego al ejercicio de su profesión en su ciudad natal, en donde en 1912 desempeñó un cargo público. Al año siguiente, los sucesos políticos le obligaron a emigrar al norte de la República, y en pleno campo de la lucha revolucionaria, con cuyos principios simpatizaba, se adscribió al Cuerpo Médico Militar. Reintegrado posteriormente

a la capital, en ella ha ejercido desde entonces, calladamente, su profesión; pero sin dejar nunca de consagrarse a lo que ha sido desde su juventud la mejor expresión de su talento, de su experiencia y de su servicio, que hoy premiamos, a México: la novela.

SI REVISAMOS, en efecto la bibliografía del novelista Mariano Azuela, encontramos que su primera obra, la novela "María Luisa", fue impresa en Lagos de Moreno en 1907; que "Los Fracados", suscrita en Lagos en julio de 1908, fue impresa ese mismo año en México; que "Mala Yerba", hoy traducida a varias lenguas, apareció por la primera vez en Guadalajara en 1909. Y que desde entonces, Mariano Azuela no ha dejado la pluma; que "Andrés Pérez, Maderista" lleva la fecha de 1911; "Sin Amor" la de 1912; y que a partir de "Los Caciques", escrita en 1917, los "Cuadros y Escenas de la Revolución Mexicana" que llevarían a lo que podríamos llamar el descubrimiento o la revelación del novelista mexicano por excelencia de la Revolución, eran como ejercicios o preludios o bocetos que culminarán con la que es hoy, tanto su obra fundamental, como la que, al conocerse, abriría el camino inmediatamente seguido por toda una brillante generación de nuestros novelistas: "Los de Abajo".

TODOS RECORDAMOS cómo en 1925 la difusión de "Los de Abajo" por medio de la en muchos sentidos benemérita revista "El Universal Ilustrado", despertó admiración y comentario, propició la consagración del novelista y abrió, repito, la ruta hacia lo que había de ser todo un género, el de la novela de la Revolución. Investidos de diferente personalidad, con puntos de vista y experiencias diversas y propias, Martín Luis Guzmán, Rafael Muñoz, Gregorio López y Fuentes, Mauricio Magdaleno o José Revueltas, cuántos después de Azuela se han inspirado para sus novelas

durante los dos últimos años del gobierno de su antecesor: el Premio Nacional se otorga "a los artistas, hombres de letras, y de ciencia, consagrados a lo largo de su vida por su obra eminente..."

EL PREMIO es al artista, a la obra de su vida, no a una sola y particular producción; no quiere estimular la creación de nuevas obras: reconoce al hombre que pudo y quiso hacer obra de grandeza; no es un incentivo: es un símbolo de agradecimiento al gran hombre.

JUZGANDO el hecho aislado, la fuerza moral de esta institución no sería todo lo significativa a pesar de su nobilísima intención: reconocer a los artistas con un premio así, y no estimarlos en su cabal significación dentro del organismo social, sería más bien negativo y deprimente.

TAMPOCO podría la institución de este Premio tener efectiva importancia material, por más alto que se supusiera su monto en metálico, habiendo de recibirlo un artista una sola vez en su vida.

LO IMPORTANTE es que esta institución no es un hecho aislado, sino parte de un conjunto, parte de una organización estatal en favor de la cultura artística.

TODAS LAS COSAS van tomando el lugar que les corresponde. Así, la atención que el Estado debe dar al arte.

ESTE REQUIERE necesaria y fundamentalmente del apoyo substancial del Estado. Así ha sido siempre, en todas las épocas, y en todos los países en que ha alcanzado gran florecimiento. Ha tenido un dilatado apoyo, motivo de una organi-

zación, compleja y costosa, de educación, de estímulo a los creadores, y de amplia difusión.

EL TALENTO artístico de un país es una riqueza natural; como cualquiera otra, objeto de la atención gubernamental, como los yacimientos metalíferos, el petróleo, la tierra fértil, el agua.

Y COMO TODAS estas riquezas, nada vale si su desarrollo no se organiza y se lleva a cabo con esfuerzo inteligente y tenaz.

TAMBIÉN, como todas las riquezas naturales, si el talento artístico de un país requiere tal inversión en esfuerzo y dinero, devuelve, a su vez, en frutos óptimos, la inversión multiplicada.

EJEMPLOS brillantes, cercanos, presentes, son Italia y Francia. ¡Que no se crea que el arte incomparable de estos dos países surgió por generación espontánea y sin cultivo! ¡No! Es el resultado de un enorme y costosísimo esfuerzo de apoyo, protección, impulso y exaltación de los artistas del país, llevado a cabo con los dineros del pueblo por la Iglesia y los principados antes, y ahora por los gobiernos.

LA RIQUEZA artística de Italia y de Francia, hecha en siglos de afanes gigantescos, da al país réditos enormes en felicidad y en dinero.

Y ES CLARO. La humanidad está ávida de arte. El arte es el valor supremo del espíritu para todos los hombres, aunque muchos de ellos no lo sepan.

HAY PUEBLOS que por cultivar sus riquezas mineras, agrícolas, industriales, han olvidado cultivar las artísticas; y ahora, años después, se asfixian entre su oro, se enferman en su propio mundo frío y comercial.

POR ESO, con hambre de belleza, los que sufrieron tan lamentable olvido salen en interminables caravanas, de su tierra, a buscar, en otras, el alimento equilibrador: el arte, que da goce sin saciedad; que da goce sin consumir; que da goce sin degenerar; que da goce, regenerando.

NO HACE TODAVÍA mucho tiempo, en nuestro país, era idea generalizada que el artista estaba un poco al margen de la sociedad productora y útil, y que era un ser peculiar, a quien se toleraba, o a quien se podía admirar, pero a quien, en todo caso, se hacía gracia especial en ayudar o patrocinar ocasionalmente.

EL ESTADO ayudaba a los artistas un poco en ese tono de concesión, y sin obedecer plan alguno.

FUERA de dos escuelas, San Carlos y el Conservatorio, ningún esfuerzo continuo se hizo en el pasado.

¡QUÉ BUENO, en todo caso, que estas dos escuelas hayan existido! Fueron, siquiera, un plan mínimo de Bellas Artes; pero la pequeñez ínfima del esfuerzo, y más de cien años de esta indiferencia significaron enorme pérdida de tiempo.

NO FUE EFECTIVAMENTE, sino hasta el momento en que se inició la etapa constructiva de la Revolución, cuando las cosas empezaron a cambiar.

ES EN ESE MOMENTO cuando, sin disputa, el apoyo al arte dejó de ser "beneficencia" para empezar a ser una causa social de utilidad pública.

DE ENTONCES data el prodigioso despertar de los pintores mexicanos.

ESE FUE un acto impetuoso, constructivo, pero necesariamente aislado.

SICUIÓ faltando, de entonces a acá, una acción organizada y permanente de bellas artes; y eso es lo que el señor licenciado Alemán, al ser electo Presidente, quiso empezar a hacer y ha hecho: poner la primera piedra de una estructura que organice las cosas desde su fondo y las dirija hacia un futuro productivo.

PORQUE el gran arte no es el resultado de una chispa genial que salta de improviso no importa dónde. No. Sólo salta en un campo fecundo, y ese campo hay que prepararlo y cultivarlo.

DEBUSSY, lo mismo que Miguel Angel, son el producto de una larga, continua, honda tradición de esfuerzos creadores, apoyados, conectados, criticados, orientados, dentro de instituciones bien establecidas de estudio y de trabajo.

LA IDEA CENTRAL del señor licenciado Alemán, expresada públicamente en su primerísimo plan de Gobierno, desarrollar el arte —el arte y los artistas de México— me-

diante una organización institucional, en la que se pusieran en juego los recursos morales y materiales del Estado; idea realizada ya en su primera, incipiente etapa, constituye el más trascendental avance que las artes mexicanas hayan tenido desde la independencia del país.

SEGUIR por el camino así marcado será tanto en bien de México como de los artistas; bien, de tal manera naturalmente recíproco, que no podrá desligarse nunca, como tampoco el mal: mal que se haga a los artistas mexicanos o al arte de México, será en contra de México mismo.

MÉXICO es un país privilegiado en el arte; es dueño de esa gran riqueza natural de que antes hablé. Cuando esa riqueza se atiende y desarrolle más, México —para decirlo pronto— será la Italia de América.

EL ARTE de sus artistas, al igual que la belleza del país y del paisaje, cultivadas con amor e inteligencia, serán el más rico patrimonio que México pueda tener. Todo un sistema de estímulos y de protección, como el iniciado por este Gobierno, dará, con el tiempo, las más inesperadas sorpresas, para admiración nuestra y del mundo entero.

BUENA SUERTE es que podamos pensar en un apoyo estatal así, y que busca además el florecimiento artístico dentro de la libre expresión del individuo. ¡Nada de “líneas estéticas” a seguir! ¡Ninguna imposición de normas ideológicas!

EL ARTE sólo puede significarse por sus valores artísticos. Otros que pueda contener no son esenciales.

TODO EL ARTE es *útil*, cuando es arte de veras.

EL ARTE de propaganda, tanto como el abstracto, no valdría como propaganda, ni como abstracción, si no fuera arte de altos valores.

PRECISA hacer esta consideración básica cuando se advierte que el Estado debe desarrollar la fuerza artística del país.

PORQUE es más: sólo el Estado puede hacerlo en la medida necesaria.

AL DECIR esto no se está tomando una posición “estatista”. La cosa es sencilla: sólo el Estado puede establecer y sostener museos como el Louvre, teatros como la “Scala”, o instituciones como la “Comédie Française”.

EN FIN. Sólo el Estado puede proveer al sostenimiento de los grandes parques públicos y nacionales; al cuidado de las bellezas naturales; a la conservación y restauro de los monumentos antiguos, y a la “planificación” arquitectónica de un país entero.

Y EN TALES condiciones, es un peligro que el Estado ejerza su enorme poder de iniciativa y realización si ha de imponer a las expresiones artísticas credos políticos o religiosos exclusivistas.

PERO MÉXICO ha sido, y es, en esto, un país ejemplar: su espíritu de libertad está incólume.

EN SUMA, en cinco años de labor de esta administración, ha sido posible fijar una idea, sentar los principios de una organización, y obtener logros muy estimables: la creación del Museo Nacional de Artes Plásticas decorosamente instalado en el Palacio de Bellas Artes; la adquisición de lotes de pintura mexicana en cantidad mucho mayor que, digamos, en los cincuenta años anteriores; el establecimiento de cuatro galerías populares de arte; el Salón de la Plástica Mexicana en donde el Estado proporciona a los pintores exhibición y venta, sin comisión, de sus obras, y que lleva vendidos en dos años de existencia cinco cientos de miles de pesos; la presentación constante en el Museo de Bellas Artes de exposiciones de la obra de pintores mexicanos y extranjeros; el estímulo por vías directas a algunos artistas creadores que lo han necesitado, y el encargo de obras a muralistas; el establecimiento de un taller de "post" graduados; la extensión de la obra difusora en forma sistematizada a varios Estados de la República con salones permanentes en Guadalajara, Morelia, Zacatecas y San Luis Potosí; la fundación del Museo Orozco en Guadalajara; y, en fin, la celebración de exposiciones de pintura mexicana en el extranjero.

EN EL CAMPO del arte dramático, la formación de una verdadera escuela taller que ha hecho posible la revelación de nuevos actores y autores, y la implantación en México de una moderna técnica teatral.

Así TAMBIÉN, en el terreno de la danza, una escuela taller que ha formado y ejercitado un núcleo de la más alta capacidad, y que experimenta e investiga con amplitud en vista a la creación de una auténtica escuela mexicana de danza.

EN LA MÚSICA, el establecimiento de núcleos permanentes, de música sinfónica, coral, y de cámara, que son el vehículo de una amplia difusión hacia el público, a la vez que el centro de trabajo de nuestros mejores artistas, y el medio de hacer conocer la producción de nuestros compositores.

EN LA ARQUITECTURA, que toca al Instituto Nacional de Bellas Artes estudiar en sus aspectos meramente artísticos y teóricos, se han realizado considerables trabajos de investigación, que podrán servir de base a futuras administraciones, para el estudio de una necesaria legislación que oriente el desarrollo de nuestras ciudades y proteja en forma radical la conservación de nuestros monumentos artísticos.

NO HAN SIDO insignificantes, a pesar de su relativamente escasa cantidad, las publicaciones del Instituto Nacional de Bellas Artes, que presentan y comentan la obra de nuestros artistas para su mejor conocimiento y comprensión.

EL SEÑOR PRESIDENTE de la República ha querido que todo esto se haga; que se haya iniciado este intento para probar su importancia y experimentar métodos de acción. Ha querido también el señor Presidente que, en esta su etapa primera —digamos experimental— de ya casi seis años, se haga esta obra con la máxima modestia económica. Y así se ha hecho: con mucho más entusiasmo y esfuerzo que dinero.

HUBIERA SIDO imposible realizarla sin su superior dirección, constante; sin su grande interés personal en ella, y sin su infalible respaldo moral.

EL ARTE de México ha registrado ya este esfuerzo, y sin duda sus beneficios se proyectarán con mayor amplitud hacia el futuro.

Y DENTRO de todo este cuadro, organizado y coherente, está el Premio Nacional, que hoy recibe el maestro Candelario Huízar, que ha dado al arte musical de su patria nuevas voces, y traído nuevos mensajes.

CANDELARIO HUÍZAR es un gran compositor de México, y en rigor, uno de los primeros que logró una madurez, y una altura, a la vez hondamente individual y mexicana.

MÚSICO NATO, fue dueño absoluto de sus medios de expresión, llegando a tal dominio por la apasionada dedicación a su obra.

SU PRODUCCIÓN es abundante, y sorprende la seguridad con que abordó los problemas de las grandes formas.

TAN VERSADO en la teoría como en la práctica de la música, es Huízar un caso excepcional de maestro auténtico, que pudo guiar y enseñar, efectivamente, a sus discípulos.

SORPRENDE en él el certero instinto orquestal, que hace de su producción sinfónica, lo fundamental de su obra.

EL MAL QUE INTERRUMPIÓ su producción arrebató a la música uno de sus mejores maestros, y a México uno de sus más grandes artistas. Pero ahí donde quedó, dolorosamente interrumpida, la obra de Huízar es, sin embargo, completa y suficiente, la de uno de los más grandes artistas de México.

México, D. F., a 22 de enero de 1952.